

FIESTA DE SAN BENITO

Monasterio de San salvador del Monte Irago

Rabanal del Camino, 10 de julio de 2016

Querido Abad Presidente; Jeremías Schröder,

Comunidad de monjes benedictinos,

Hermanos:

El Espíritu Santo nos ha congregado esta mañana de domingo para alabar, bendecir y dar gracias a Dios nuestro Padre. Lo hacemos celebrando la eucaristía, memorial de su muerte y resurrección, en la que recordaremos de un modo especial a San Benito, patrono de Europa y fundador de los monjes benedictinos que hoy nos acogen en su Monasterio de San Salvador del Monte Irago en Rabanal del Camino.

Doy gracias al Padre Abad Presidente; Jeremías Schröder que ha querido estar hoy con nosotros y a los demás hermanos que oran al Señor en este lugar y escuchan, acogen y protegen a los peregrinos del Camino de Santiago. ¡Qué Dios, rico en piedad y misericordia, bendiga y haga fructificar todo el bien que realizáis en su nombre!

La Palabra de Dios que hemos proclamado nos habla de sensatez, prudencia e inteligencia como virtudes necesarias para adquirir el conocimiento de los mandatos del Señor y poder cumplirlos con justicia y rectitud. En el evangelio, Jesús nos presenta el servicio como actitud fundamental en la vida de los discípulos. Todo el quehacer del cristiano debe estar impregnado del deseo de servir a los demás como el mismo Señor nos sirvió.

Jesús dijo a sus discípulos que no había venido “a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos.” Jesús se muestra verdadero servidor de Dios y de los hombres en su Pasión y muerte. Él fue obediente hasta la muerte y cargó sobre sus hombros nuestros pecados. En su Pasión el Señor nos muestra que la actitud de servicio implica una entrega absoluta de todo el ser por amor a Dios y a los hermanos. El verdadero servicio es el de aquellas personas que ponen a disposición todo lo que tienen: su vida, sus bienes, sus cualidades para que a otros, especialmente a los más pobres, les sirvan de provecho.

San Benito descubrió desde muy joven esta actitud de servicio y de entrega a Dios y en Dios a todos los hombres. Cansado de una vida disipada en la ciudad de Roma, se retira a Subiaco para entregarse al servicio de Dios mediante la meditación de la Palabra, el silencio y la oración. Buscaba en todo momento agradar a Dios y dedicarse a Él. Pero la condición humana le hacía flaquear. Dios lo fortaleció con su gracia y le llamó a un camino de perfección aún mayor. En Montecasino se mostró como el padre piadoso y venerable que acogía a los monjes y a todos los que acudían a él para pedirle consejo y ser reconfortados con sus sabias palabras. El servicio a los que acudían a él no era un obstáculo para dedicar muchas horas a la oración y a la contemplación.

San Benito inició con su nuevo estilo de vida, tomado de los Padres del desierto en el oriente, una nueva forma de dar testimonio del Evangelio en occidente. Los Monasterios, fundados por él y por sus sucesores, fueron verdaderas fuentes de verdad y de vida donde acudían las gentes a beber en el manantial de la oración y de la fraternidad que

practicaban los monjes. Esta vida comunitaria al servicio de Dios y de los hombres perdura hasta nuestros días en multitud de monasterios que a lo largo y ancho de todo el mundo proclaman que lo más importante no es el poder y la gloria sino el servicio y la humildad. Europa fue el primer continente que se benefició de esta nueva forma de vivir impulsada por san Benito y sus monjes. Por eso la Iglesia le ha concedido el título de patrono de Europa y padre de los monjes de Occidente.

Decía el Beato Pablo VI en la homilía de la Misa en la que proclamó a San Benito Patrono principal de Europa: “Sirviéndose de la cruz, de las letras y del arado, los hijos de san Benito atrajeron a la civilización cristiana a los pueblos que habitaban desde el mar Mediterráneo hasta las regiones escandinavas y desde Irlanda hasta las tierras de Polonia” ¡Qué magnífica síntesis de la labor de los monjes para atraer a los habitantes de Europa al cristianismo! Cruz, letras y arado. He aquí la armonía del desarrollo de una persona. He aquí el germen de la educación integral. Si falta una de las tres, la educación y el desarrollo personal se tambalea como un taburete de dos patas. Es necesario desarrollar en nosotros la dimensión espiritual (cruz) la dimensión intelectual (letras) y la dimensión manual (arado) para ser auténticamente humanos.

En primer lugar es necesario que se cultive la dimensión espiritual de la persona que es la que da sentido a toda la vida, la que ejercita en las virtudes más nobles, la que ayuda al hombre a descubrir la dimensión trascendente del hombre que le pone en contacto con Dios, verdadero amigo suyo que estará siempre a su lado como un buen pastor. En la actualidad contemplamos cómo muchas personas y muchos sistemas educativos no tienen en cuenta la dimensión espiritual. La rechazan o la desprecian. San Benito y sus discípulos nos ofrecen un camino de espiritualidad, experimentado a lo largo de la historia, como un camino de humanidad y de felicidad para aquellos a quienes Dios les da la gracia de seguirlo.

Junto al cultivo de la dimensión espiritual es necesario cultivar la dimensión intelectual y la manual. La naturaleza ha puesto en el hombre dones naturales (habilidades) que debe descubrir y desarrollar. La familia, la sociedad y el Estado tienen la obligación de ayudar a la persona ya sea niño, joven o adulto, a desarrollar todas las potencialidades intelectuales y manuales. Al servicio de este objetivo debe estar siempre la educación. No sólo la educación sino la organización social, política y económica. El desempleo, por ejemplo, es consecuencia de un gravísimo mal moral y social que impide a las personas desarrollar sus cualidades intelectuales y manuales provocando la frustración en la persona y la deshumanización.

En las últimas décadas, la sociedad europea, a la que pertenecemos, ha puesto más énfasis en el desarrollo económico que en el espiritual, en la comodidad y el bienestar que en la humanización, en la permisividad de costumbres que en el fomento de las virtudes. Todo este proceso nos está llevando a una deshumanización y decadencia muy grandes en toda Europa. El Santo Padre Francisco animaba a la vieja Europa a encontrar su sentido con estas palabras pronunciadas en su reciente viaje a la isla de Lesbos: “Europa es la patria de los derechos humanos, y cualquiera que ponga pie en suelo europeo debería poder experimentarlo.”

Invoquemos la intercesión de San Benito por los pueblos de Europa para que encuentren de nuevo los caminos que humanizan a los hombres en la fraternidad y en la transcendencia. Pidamos a la Virgen María, significada en el color azul y las estrellas de la

bandera de la Unión Europea, la protección y bendición sobre sus hijos, especialmente sobre los más pobres.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga